

colocado en la red, pueda ser consultado por los investigadores. En su ambicioso y atractivo proyecto, plantea un hecho ineludible: la alta tecnología no puede desvincularse de los estudios de la literatura oral, por el contrario, abre una gama mayor de posibilidades.

ARACELI CAMPOS MORENO  
Facultad de Filosofía y Letras, UNAM

Gloria Chicote, ed. *Romancero*. Buenos Aires: Colihue, 2012; 456 pp.

Este *Romancero* abunda en virtudes. La primera quizás sea la claridad, precisión y exhaustividad que articulan el estudio introductorio, al que adivinamos complejo de construir, pero que reconocemos como el tratado teórico sobre este inabarcable género que mejor cumple con la difícil misión pedagógica de explicarlo. A la misma altura está la selección de romances, planteada como una antología que convoca “tradiciones antigua, moderna, oral, escrita, manuscrita, impresa; poemas juglarescos, trovadorescos, vulgares y también algunos ejemplos de textos compuestos por autores letrados; subtradiciones geográficas y lingüísticas” (cxxviii), sin que por ello se esquive —todo lo contrario— el debate sostenido por la filología desde el siglo XIX en torno a las diferentes tradiciones y la pluralidad de fuentes del romancero.

Hay una actitud muy arriesgada y valiente —pero nada temeraria, por fundamentada— de la profesora Gloria Chicote al principiar su *Introducción* con dos cuestiones controvertidas, a saber, la actualización sistematizada de los conceptos *popular* y *tradicional*, y la identificación del género romancístico desde su naturaleza mixta, transtextual y transfronteriza, cumpliendo así el objetivo de retratar la “canonización de un objeto evanescente”, como ella misma lo titula.

Del apartado dedicado a la tradición antigua, nos parece especialmente interesante el análisis de la intervención del romancero

en el discurso de las Crónicas de Indias, que ejemplifica de forma iluminadora la presencia de los romances en el empleo secular y cotidiano de sus usuarios: lectores, oidores y transmisores de diferentes lenguas, siglos y culturas compartiendo un código enormemente dúctil y permeable a sus inquietudes:

En tanto género a través del cual se posibilita la experiencia de la conquista, la crónica mantiene con el romance una relación manifiesta. En efecto, las referencias al romancero aparecen asimiladas a la narración de los acontecimientos e ilustran la confluencia de materia narrativa y convenciones genéricas de distinta procedencia en la creación del discurso cronístico americano (liv).

Dicho en *romance*, el mensaje es entendido por todos por esa obvia capacidad del romancero para desestructurarse y reestructurarse en discursos múltiples, de manera que pueda ser asimilado por comunidades distantes en el tiempo y en el espacio. Es algo que va más allá de la apertura inherente al género sistematizada por Diego Catalán, y que apela a la gigantesca capacidad de reinterpretación del texto romancístico, a su inconmensurable contigüidad interdiscursiva. Versos que migran continuamente de textos orales a escritos o viceversa, y que “corroboran el valor altamente referencial del romancero, y la capacidad de los versos de resemantizarse para adaptarse a nuevos contextos situacionales” (lxiii).

Del apartado dedicado a la tradición moderna (peninsular, lusobrasileña, sefardí y americana), queda muy bien explicado el doble y continuo proceso de alejamiento y aproximación de la tradición sefardí con respecto a la peninsular, ejemplificado en la adaptación del romancero a los diferentes asentamientos de la diáspora.

Por otra parte, hay una detallada sistematización del proceso de recolección y estudio del romancero americano, desde el momento de producirse el interés de las clases letradas por la cultura popular (impulsado por los centenarios de las revoluciones americanas) hasta las últimas décadas del siglo xx.

Pero es en la segunda parte del estudio introductorio donde –en nuestra opinión– este *Romancero* rebasa las expectativas de un buen manual para el estudiante o el profesor de literatura (destinatarios idóneos, según la compiladora), para ofrecerse como referencia crucial del especialista. Nos referimos en concreto al quinto apartado (“La capacidad narrativa del romancero y su influencia en otros géneros discursivos”, lxxxiv-cxiii), en el que se desenreda con lucidez, en casos concretos de las diversas subtradiciones, la maraña literaria producida por la perpetua metamorfosis del género.

El punto de partida de esta difícil aventura es una saludable falta de certezas: la autora aborda el asunto desde el convencimiento de que las relaciones entre prácticas orales y escritas no se aviene al reduccionismo sobre el que hemos trabajado a partir del enfrentamiento entre las posiciones individualista y neotradicionalista, y demuestra que la peculiar vitalidad del romancero se nutre precisamente de adaptaciones multidireccionales entre lo oral y lo escrito, lo popular y lo culto, lo novelesco y lo noticiero... El recorrido comienza en la observación de la literatura de cordel como generadora de una vertiente del romancero descuidada por la ortodoxia tradicionalista, pero imprescindible de tener en cuenta si no queremos omitir las imbricaciones entre la narración oral, la historia y la ideología:

También en el momento de ofrecer una síntesis de la historia el género romancístico se convierte en un discurso apto para penetrar en el tejido social debido a su brevedad constitutiva y a la actualidad de su lengua, por su relación con los universos oral y escrito, y por su función en los rituales comunitarios... El romancero histórico sirve en ese momento para transmitir ideales sociopolíticos y para cohesionar el imaginario (xc).

Sigue a aquella una valoración audaz del llamado romancero vulgar, “convertido en algo así como el hermano bastardo de los otros subgéneros del romancero hispánico” (xcv) e ignorándose, en consecuencia, su papel crucial en el devenir multiforme de la

materia literaria baladística. Y culmina con la exposición de los dos procesos americanos que probablemente mejor expliquen la cualidad proteica del género: la conversión del romance en *corrido* y en *romance criollo*:

El romance, entonces, continúa su fluir tradicional en América en dos vertientes fundamentales, una hispánica, caracterizada por la transmisión de los temas y motivos derivados de la España medieval, y una propiamente americana, en la que las funciones del género romancístico se han traspasado a otros géneros narrativos de desarrollo vernáculo, cuyo desarrollo está relacionado con los avatares de la historia del nuevo continente (cii).

Las modulaciones múltiples del romance advertidas en este extenso e intenso estudio llevan al lector a una comprensión, sencilla y compleja a la vez, de la verdadera naturaleza del género, hecho que la profesora Chicote termina de ilustrar con otros casos de recontextualización del romancero y de sucesivas apropiaciones de su discurso por parte de los medios de difusión masivos, como el cine.

La antología de romances, como adelantábamos, constituye un recorrido heterodoxo y heterogéneo por un género multiforme, que va desde las gestas castellanas hasta las leyendas y epopeyas modernas, sin dejar de lado el amplio repertorio de baladas novelescas, los cantos infantiles o los poemas de pliego y vulgares, un conjunto ecléctico de 107 textos que da clara cuenta de la mixtura del género. El reconocimiento de los temas lo facilita la identificación de cada uno por su correspondiente clave numérica del IGER, y la comprensión del corpus se resuelve con las traducciones que acompañan a los textos en catalán, portugués, gallego y guaraní.

Los comentarios contextuales que culminan cada entrada son, como advierte la compiladora, “los menos sistematizados”, pero precisamente eso convierte la lectura de la antología en una comprensión poliédrica de un género milagroso por su mismo eclecticismo. Los comentarios basculan entre las notaciones históricas

o legendarias, las referencias a la genealogía del tema y las funciones registradas, la difusión en la diacronía y la difusión en las diferentes subtradiciones en las que cada romance se ha podido documentar. Lo más atractivo de esta parte es la información referida no ya a la transmisión de la balada propiamente dicha, sino a los testimonios (escritos u orales) que, alejándose del canon del género romancístico, dan fe de la popularidad del tema en contextos muy diversos. Aquí está fundamentada la consideración más sobresaliente que la autora mantiene en el estudio inicial, referida a las inabarcables fronteras genéricas del romancero: “Para comenzar a entender la peculiar vitalidad del género, deben dejarse de lado las oposiciones oral-escrito (en correlación con las de popular-culto)” (lxxxvii).

Muy pedagógico y muy de agradecer para el estudiante o el profano que se acerque por primera vez al romancero es el apéndice que reúne imágenes ilustrativas de las múltiples opciones de edición de los romances: colecciones textuales y/o musicales, folletos, pliegos, hojas sueltas..., testimonios pequeños que acaso avisen de la grandeza de la memoria cultural y de la oralidad literaria y que ratifican la perspectiva abierta con que se ha encarado este Romancero: “La transtemporalidad del fenómeno descrito, unida a su vitalidad misma, deja pocos indicios para predecir su futuro” (cxiii).

MARÍA JESÚS RUIZ  
Universidad de Cádiz

Beatriz Alcubierre, Rodrigo Bazán, Leticia Flores, Rodrigo Mier (coord.). *Oralidad y escritura. Trazas y trazos*. México: Ítaca / Universidad Autónoma del Estado de Morelos, 2011; pp. 206.

Oralidad y escritura son conceptos que abarcan realidades muy complejas. Es por ello que las discusiones en torno a estos abren persistentemente un panorama de distintas interpretaciones y de